KENNEDY POR KENNEDY

ETC.

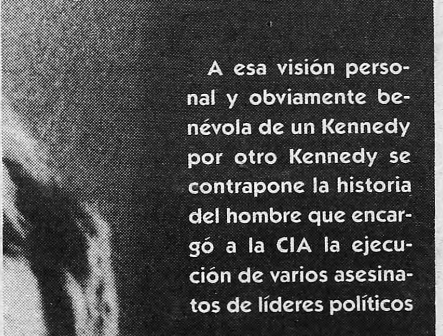
A 25 años del asesinato de Dallas



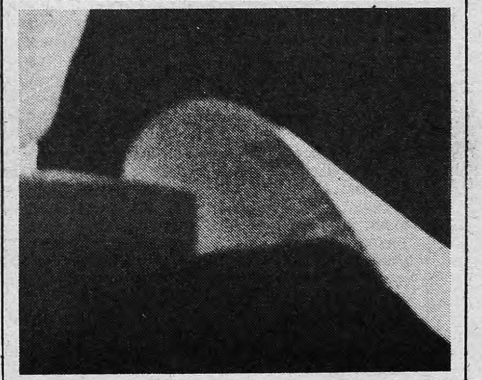
Hace un cuarto de siglo, el 22 de noviembre de 1963, el presidente de los EE.UU., John F. Kennedy, moría asesinado en Dallas. Su hermano Edward, senador demócrata por Massachusetts, enlaza en la nota que lleva su firma los recuerdos de infancia, la admiración por el hermano mayor que intervino personalmente en favor de los derechos de los negros, con el legado kennediano.

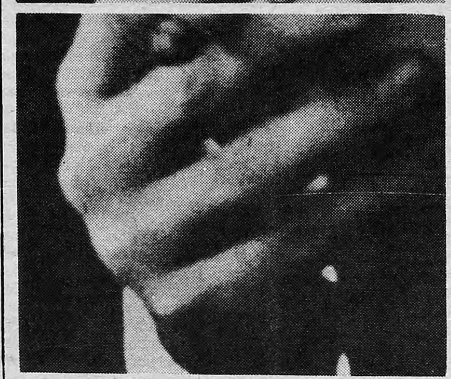


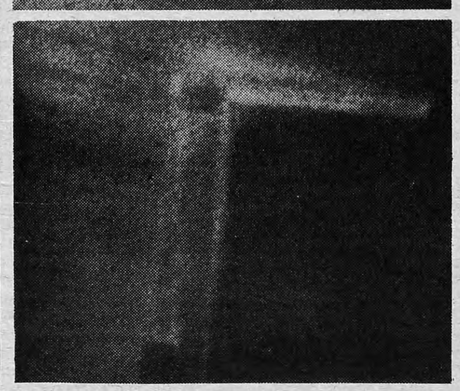




A esa visión personal y obviamente benévola de un Kennedy por otro Kennedy se contrapone la historia del hombre que encargó a la CIA la ejecución de varios asesinatos de líderes políticos extranjeros, ordenó el bloqueo a Cuba desencadenando la crisis de los misiles que puso a la humanidad al borde del abismo nuclear, creó la Alianza para el Progreso para fomentar democracias formales y remuneradas en dólares en el continente latinoamericano y terminó baleado por asesinos suficientemente poderosos para que el crimen nunca se resolviera.







Diseño: Daniel Iglesias

Con su esposa Jacqueline, luego señora de Onassis

Kennedy por Kennedy

Por Edward Kennedy

Uno de mis recuerdos predilectos que conservo del presidente Kennedy es el de los fines de semana del 4 de Julio en Hyannis Port. Año tras año, éstos constituyeron los momentos culminantes de nuestros veranos en Cape Cod. Mi padre, mi hermano mayor, Joe y Jack no dejaron nunca de hacer de ese día una fiesta patriótica para el resto de la familia. Incluso hoy puedo ver el porche alegremente decorado, la larga mesa de madera con un gran montón de papas y arvejas cocidas, y un centro de mesa de salmón fresco que mi padre había hecho traer de New Hampshire o Maine, o incluso de Newfoundland.

Después bajábamos al puerto para la regata anual. Jack patroneaba el *Victura*, el pequeño velero que tanto amó toda su vida, y nuestro padre nos llevaba a los demás en su lancha motora para animar a Jack. Uno de los momentos más gloriosos de mi infancia fue el primer año que Jack condescendió a llevarme en el *Victura* como proel en la regata del 4 de Julio. Yo tenía nueve años y era el verano de 1941. Perdimos, pero admiré aún más a Jack, porque podía haberme echado la culpa y no lo hizo.

Cuando yo era más pequeño, después de las regatas, Jack pasaba el tiempo leyendo en el porche, lo que me hacía un poco más tolerable mis obligadas siestas, dado que él parecía estar haciendo algo también aburrido. Al atardecer, íbamos todos al West Beach Club, en Hyannis, a ver los fuegos artificiales.

En los fines de semana veraniegos, cuando ya era presidente, Jack llevaba a menudo a su hija Carolina y a su hijo John a dar largos paseos por la playa. En el verano de 1963 acababa de visitar Roma, donde el gobierno italiano le había regalado para sus hijos una maqueta de velero a escala con una eslora de 1,22 metros. Estaba encantado con el regalo y lo trajo consigo para el fin de semana del 4 de Julio en Cape Cod. Lo llevó a la playa con Carolina, le desplegaron las velas, lo empujaron mar adentro y le dijeron adiós con las manos. Media hora después, todos nos embarcamos en el *Honey Fitz* para hacer un crucero por la tarde; Jack tomó sus prismáticos, y durante la hora que siguió él y Carolina se dedicaron a la mágica aventura de rescatar el pequeño velero extraviado en el mar. Incluso ahora, 25 años después de haber perdido a Jack, todavía se me hace un nudo en la garganta recordando esos felices tiempos que pasamos juntos.

Vínculo en el mar

Las excursiones marítimas de la familia formaban parte del vínculo que Jack mantuvo durante toda su vida con el mar.

"Es un hecho biológico interesante —dijo como presidente— que todos tengamos en nuestras venas exactamente el mismo porcentaje de sal que existe en el océano, y por consiguiente tenemos sal en nuestra sangre, en nuestro sudor y en nuestras lágrimas. Estamos vinculados al océano. Y cuando vamos al mar —ya sea para navegar o para contemplarlo— estamos regresando al lugar de donde venimos."

Tuvo la capacidad de relacionarse con los demás casi del mismo modo en que lo hacía con todos nosotros en la familia —de una manera humilde, personal, que dejaba unas impresiones indelebles incluso en los extraños—.

Las lágrimas derramadas en 1963 lo fueron por un amigo y un hermano repentinamente arrebatado, pero las razones por las que era amado aquí y en todas partes siempre existirán. Se encuentran en muchas de las cosas que hizo y dijo, pero en ninguna otra parte más que en su llamamiento de 1963 para que viésemos nuestro mundo como una comunidad: "Nuestro vínculo común más básico es que todos habitamos este pequeño planeta. Todos respiramos el mismo aire. Todos nos preocupamos por el futuro de nuestros hijos. Y todos somos mortales". Lo que perdura es la forma cómo nos convocaba para llegar más allá de nosotros mismos, para hacer cosas por los demás que reflejaran nuestra humanidad compartida.

El 22 de noviembre de este año se cumple el 25° aniversario de la muerte de Jack. La conmoción producida por ese trágico momento en Dallas todavía está viva en las mentes de todos.

Pero el aniversario del 22 de noviembre, con sus traumáticas imágenes y la reposición de las mismas en la televisión, constituye siempre para nuestra familia una fecha deprimente. Al rendir homenaje a mi hermano, queremos recordar su vida, no volver a vivir su muerte.

Por casualidad, el año pasado me tropecé con una historia de hace 40 años que cuenta cómo, desde el inicio de su carrera, Jack fue capaz de llegar a toda clase de personas de diferentes orígenes.

Un polaco estadounidense experto en Europa del Este, de la Biblioteca del Congreso, vino a mi oficina del Senado para informarme con vistas a un viaje que yo iba a hacer a Polonia. Me dijo que en 1946 había sido estudiante posgraduado en las clases de polaco de la Universidad de Harvard. Había ingresado en el club local de ciudadanos polaco estadounidenses, cuyos miembros fueron invitados a un servicio conmemorativo en Cambridge, Massachusetts, en honor de un soldado polaco estadounidense muerto en la Segunda Guerra Mundial. Interminables discursos pronunciados por funcionarios locales rindieron homenaje a los vínculos históricos entre Polonia y Estados Unidos. Pero una y otra vez los oradores titubeaban al decir los nombres de los héroes polacos, y la audiencia comenzó a refunfuñar ante cada equivocación. Luego Jack fue presentado como un joven veterano de la Armada que esperaba ser el miembro del Congreso por dicho distrito. Habló con sentimiento de Polonia y Estados Unidos, de Pulasci, Kosciusko, Paderewski y otros. Y cada vez que mencionaba un nombre polaco, su pronunciación era perfecta.

Jack ganó las elecciones para la Cámara de Representantes, y obtuvo más del 95 por ciento de los votos del barrio polaco. Había dedicado el tiempo necesario para aprender algo sobre sus futuros votantes y sobre sus tradiciones. Y en los 40 años transcurridos desde entonces estos votantes nunca olvidaron ese vívido momento en que se encontraron con él por vez primera.

Sus días en la Casa Blanca fueron breves, pero su recuerdo no se ha borrado. Al rendir continuamente homenaje a su visión de lo que debe ser el servicio público, lo recordamos ahora en la forma en que él lo habría deseado, como un hombre cuyos logros e ideales se extienden a través de las generaciones y nos inspira de nuevo el preguntarnos no lo que nuestro país puede hacer por nosotros, sino lo que nosotros podemos hacer por nuestro país. La lección de su vida es que los estadounidenses de todas las edades, en cualquier época, responderemos a ese desafío con tal de que tengamos unos líderes lo suficientemente inteligentes como para pedírnoslo.

Ideal de servicio

La gente se pregunta a menudo qué es lo que atrae a los hombres y las mujeres al servicio público. ¿Qué los persuade para soportar la presión, la frustración, el sacrificio de su intimidad, la falta de tiempo para dedicarlo a la familia y los amigos, la pérdida de ingresos que con toda seguridad se deriva de dicho servicio? ¿La ambición? Posiblemente. ¿La excitación? Por supuesto. Pero es también algo más, un ideal que con frecuencia tiene sus raíces en la juventud y crece durante toda nuestra vida, la satisfacción de dar algo a nuestro país a cambio de lo que él nos ha dado a nosotros. La supervivencia del más capacitado puede ser la ley de la jungla y de algunas personas de la vida pública. Pero no es la ley por la que vivió John F. Kennedy, y mientras personas con su talento y su compromiso con los demás estén deseosas de entrar en la vida pública, no será nunca la ley de los Estados Unidos.

El no sabía lo que le aportaría el futuro, pero sí conocía la dirección en la que debíamos ser conducidos. Debido a sus lecturas y a su sentido de la historia, entendía las tensiones que son tan antiguas como Estados Unidos y tan de actualidad como los titulares de los periódicos de hoy, la continuada batalla en cada generación entre el pasado y el futuro, entre aquellos que hablan de cambio y aquellos que hacen que éste se produzca, entre aquellos que dicen que el pueblo nunca ha vivido tan bien y aquellos que dicen que Estados Unidos puede hacerlo mejor.

Creía que una economía sana constituye el programa social más importante de Estados Unidos y que el gobierno debe ser el amigo, y no el capellán, de los necesitados. Tan extraño como parece en esta era de megadéficit, yo recuerdo cómo luchó desesperadamente con su consejero económico, Walter Heller, en relación con su último presupuesto federal, que incluía un déficit para asegurar que la economía seguiría creciendo.

Podía ver más allá del momento efímero. Como dijo en una ocasión cuando era presidente, pensaba que era tarea de toda una generación construir una carretera para la próxima. Le gustaba contar la historia del mariscal de Francia Lyautey, a quien le preguntó su jardinero por qué quería plantar un árbol, dado que no florecería hasta pasados los 100 años. "En ese caso, plántalo esta misma tarde", dijo el mariscal.

Al describir el papel de Estados Unidos en el espacio y la misión a la Luna, recordaría a los jóvenes irlandeses de un cuento de Frank O'Connor que echaron sus gorras por encima de un muro de gran altura y entonces no tuvieron otra opción que tirarse detrás de ellas. Esa es la forma en que Jack hizo frente también a otros desafíos. Inspiró a Estados Unidos para que echara su gorra por encima de los muros de la discriminación, y todos nosotros, incluso después de que nos dejara, no tuvimos otra opción que la de ir tras ella.

La prensa cubana en la crisis del '62

Una nueva generación

Tenía una relación especial con la juventud. Más que cualquier otro, despertó e inspiró a la que había sido la *generación silenciosa* de la década de los años cincuenta. No vivió para ver lo que ésta realizó. Uno de los más admirables capítulos de la historia de la implicación de Estados Unidos en Vietnam fue escrito por millones de hombres y mujeres jóvenes, que fueron los que primero vieron la verdad sobre la guerra y persuadieron a nuestro país para que diera marcha atrás. Uno de los mejores capítulos de la preocupación de Estados Unidos por los pueblos empobrecidos está siendo escrito a diario por los estadounidenses jóvenes en el Peace Corps en el exterior y en los programas de servicio interno aquí en el país.

"No estamos aquí para maldecir la oscuridad, sino para encender la vela que pueda guiarnos a través de esa oscuridad hasta un futuro sano y salvo", dijo a la Convención Demócrata en Los Angeles cuando, hace este mes 28 años, aceptó la nominación presidencial de su partido. Gracias a Jack, los estadounidenses siguen encendiendo útiles velas en su país y en el exterior. En las naciones de todo el mundo, gente inspirada por Jack lucha para acabar con la antigua maldición de la pobreza y la desidia. Pocas cosas me conmueven más profundamente que visitar una choza en una tierra distante, azotada por la pobreza, y encontrarme con su retrato en una pared.

Parte de la calidad eterna de su llamamiento es que nunca se tomó a sí mismo demasiado en serio. Le gustaba hablar de los sondeos de opinión que demostraban que los padres todavía quieren que sus hijos sean presidentes mientras que ellos no han llegado a implicarse en la política. Podía tomarles el pelo a los ganadores del Premio Nobel del hemisferio occidental denominándolos el montón de talento más extraordinario jamás reunido en la Casa Blanca, "con la posible excepción de cuando Thomas Jefferson cenaba solo", y burlarse de sí mismo diciendo: "Yo soy el hombre que acompañó a Jacqueline Kennedy a París".

Kennedy por Kennedy

Por Edward Kennedy

Uno de mis recuerdos predilectos que conservo del presidente Kennedy es el de los fines de semana del 4 de Julio en Hyannis Port. Año tras año, éstos constituyeron los momentos culminantes de nuestros veranos en Cape Cod. Mi padre, mi hermano mayor, Joe y Jack no dejaron nunca de hacer de ese día una fiesta patriótica para el resto de la familia. Incluso hoy puedo ver el porche alegremente decorado, la larga mesa de madera con un gran montón de papas y arvejas cocidas, y un centro de mesa de salmón fresco que mi padre había hecho traer de New Hampshire o Maine, o incluso de Newfoundland.

Después bajábamos al puerto para la regata anual. Jack patroneaba el *Victura*, el pequeño velero que tanto amó toda su vida, y nuestro padre nos llevaba a los demás en su lancha motora para animar a Jack. Uno de los momentos más gloriosos de mi infancia fue el primer año que Jack condescendió a llevarme en el *Victura* como proel en la regata del 4 de Julio. Yo tenía nueve años y era el verano de 1941. Perdimos, pero admiré aún más a Jack, porque podía haberme echado la culpa y no lo hizo.

Cuando yo era más pequeño, después de las regatas, Jack pasaba el tiempo leyendo en el porche, lo que me hacía un poco más tolerable mis obligadas siestas, dado que él parecía estar haciendo algo también aburrido. Al atardecer, íbamos todos al West Beach Club, en Hyannis, a ver los fuegos artificiales.

En los fines de semana veraniegos, cuando ya era presidente, Jack llevaba a menudo a su hija Carolina y a su hijo John a dar largos paseos por la playa. En el verano de 1963 acababa de visitar Roma, donde el gobierno italiano le había regalado para sus hijos una maqueta de velero a escala con una eslora de 1,22 metros. Estaba encantado con el regalo y lo trajo consigo para el fin de semana del 4 de Julio en Cape Cod. Lo llevó a la playa con Carolina, le desplegaron las velas, lo empujaron mar adentro y le dijeron adiós con las manos. Media hora después, todos nos embarcamos en el *Honey Fitz* para hacer un crucero por la tarde; Jack tomó sus prismáticos, y durante la hora que siguió él y Carolina se dedicaron a la mágica aventura de rescatar el pequeño velero extraviado en el mar. Incluso ahora, 25 años después de haber perdido a Jack, todavía se me hace un nudo en la garganta recordando esos felices tiempos que pasamos juntos.

Vínculo en el mar

Las excursiones marítimas de la familia formaban parte del vínculo que Jack mantuvo durante toda su vida con el mar.

''Es un hecho biológico interesante —dijo como presidente— que todos tengamos en nuestras venas exactamente el mismo porcentaje de sal que existe en el océano, y por consiguiente tenemos sal en nuestra sangre, en nuestro sudor y en nuestras lágrimas. Estamos vinculados al océano. Y cuando vamos al mar —ya sea para navegar o para contemplarlo— estamos regresando al lugar de donde venimos.''

Tuvo la capacidad de relacionarse con los demás casi del mismo modo en que lo hacía con todos nosotros en la familia —de una manera humilde, personal, que dejaba unas impresiones indelebles incluso en los extraños—.

Las lágrimas derramadas en 1963 lo fueron por un amigo y un hermano repentinamente arrebatado, pero las razones por las que era amado aquí y en todas partes siempre existirán. Se encuentran en muchas de las cosas que hizo y dijo, pero en ninguna otra parte más que en su llamamiento de 1963 para que viésemos nuestro mundo como una comunidad: ''Nuestro vínculo común más básico es que todos habitamos este pequeño planeta. Todos respiramos el mismo aire. Todos nos preocupamos por el futuro de nuestros hijos. Y todos somos mortales''. Lo que perdura es la forma cómo nos convocaba para llegar más allá de nosotros mismos, para hacer cosas por los demás que reflejaran nuestra humanidad compartida.

El 22 de noviembre de este año se cumple el 25° aniversario de la muerte de Jack. La conmoción producida por ese trágico momento en Dallas todavía está viva en las mentes de todos.

Pero el aniversario del 22 de noviembre, con sus traumáticas imágenes y la reposición de las mismas en la televisión, constituye siempre para nuestra familia una fecha deprimente. Al rendir homenaje a mi hermano, queremos recordar su vida, no volver a vivir su muerte.

Por casualidad, el año pasado me tropecé con una historia de hace 40 años que cuenta cómo, desde el inicio de su carrera, Jack fue capaz de llegar a toda clase de personas de diferentes orígenes.

Un polaco estadounidense experto en Europa del Este, de la Biblioteca del Congreso, vino a mi oficina del Senado para informarme con vistas a un viaje que yo iba a hacer a Polonia. Me dijo que en 1946 había sido estudiante posgraduado en las clases de polaco de la Universidad de Harvard. Había ingresado en el club local de ciudadanos polaco estadounidenses, cuyos miembros fueron invitados a un servicio conmemorativo en Cambridge, Massachusetts, en honor de un soldado polaco estadounidense muerto en la Segunda Guerra Mundial. Interminables discursos pronunciados por funcionarios locales rindieron homenaje a los vínculos históricos entre Polonia y Estados Unidos. Pero una y otra vez los oradores titubeaban al decir los nombres de los héroes polacos, y la audiencia comenzó a refunfuñar ante cada equivocación. Luego Jack fue presentado como un joven veterano de la Armada que esperaba ser el miembro del Congreso por dicho distrito. Habló con sentimiento de Polonia y Estados Unidos, de Pulasci, Kosciusko, Paderewski y otros. Y cada vez que mencionaba un nombre polaco, su pronunciación era perfecta.

Jack ganó las elecciones para la Cámara de Representantes, y obtuvo más del 95 por ciento de los votos del barrio polaco. Había dedicado el tiempo necesario para aprender algo sobre sus futuros votantes y sobre sus tradiciones. Y en los 40 años transcurridos desde entonces estos votantes nunca olvidaron ese vívido momento en que se encontraron con él por vez primera.

Sus días en la Casa Blanca fueron breves, pero su recuerdo no se ha borrado. Al rendir continuamente homenaje a su visión de lo que debe ser el servicio público, lo recordamos ahora en la forma en que él lo habría deseado, como un hombre cuyos logros e ideales se extienden a través de las generaciones y nos inspira de nuevo el preguntarnos no lo que nuestro país puede hacer por nosotros, sino lo que nosotros podemos hacer por nuestro país. La lección de su vida es que los estadounidenses de todas las edades, en cualquier época, responderemos a ese desafío con tal de que tengamos unos líderes lo suficientemente inteligentes como para pedírnoslo.

Ideal de servicio

La gente se pregunta a menudo qué es lo que atrae a los hombres y las mujeres al servicio público. ¿Qué los persuade para soportar la presión, la frustración, el sacrificio de su intimidad, la falta de tiempo para dedicarlo a la familia y los amigos, la pérdida de ingresos que con toda seguridad se deriva de dicho servicio? ¿La ambición? Posiblemente. ¿La excitación? Por supuesto. Pero es también algo más, un ideal que con frecuencia tiene sus raíces en la juventud y crece durante toda nuestra vida, la satisfacción de dar algo a nuestro país a cambio de lo que él nos ha dado a nosotros. La supervivencia del más capacitado puede ser la ley de la jungla y de algunas personas de la vida pública. Pero no es la ley por la que vivió John F. Kennedy, y mientras personas con su talento y su compromiso con los demás estén deseosas de entrar en la vida pública, no será nunca la ley de los Estados Unidos.

El no sabía lo que le aportaría el futuro, pero sí conocía la dirección en la que debíamos ser conducidos. Debido a sus lecturas y a su sentido de la historia, entendía las tensiones que son tan antiguas como Estados Unidos y tan de actualidad como los titulares de los periódicos de hoy, la continuada batalla en cada generación entre el pasado y el futuro, entre aquellos que hablan de cambio y aquellos que hacen que éste se produzca, entre aquellos que dicen que el pueblo nunca ha vivido tan bien y aquellos que dicen que Estados Unidos puede hacerlo mejor.

Creía que una economía sana constituye el programa social más importante de Estados Unidos y que el gobierno debe ser el amigo, y no el capellán, de los necesitados. Tan extraño como parece en esta era de megadéficit, yo recuerdo cómo luchó desesperadamente con su consejero económico, Walter Heller, en relación con su último presupuesto federal, que incluía un déficit para asegurar que la economía seguiría creciendo.

Podía ver más allá del momento efímero. Como dijo en una ocasión cuando era presidente, pensaba que era tarea de toda una generación construir una carretera para la próxima. Le gustaba contar la historia del mariscal de Francia Lyautey, a quien le preguntó su jardinero por qué quería plantar un árbol, dado que no florecería hasta pasados los 100 años. ''En ese caso, plántalo esta misma tarde'', dijo el mariscal.

Al describir el papel de Estados Unidos en el espacio y la misión a la Luna, recordaría a los jóvenes irlandeses de un cuento de Frank O'Connor que echaron sus gorras por encima de un muro de gran altura y entonces no tuvieron otra opción que tirarse detrás de ellas. Esa es la forma en que Jack hizo frente también a otros desafíos. Inspiró a Estados Unidos para que echara su gorra por encima de los muros de la discriminación, y todos nosotros, incluso después de que nos dejara, no tuvimos otra opción que la de ir tras ella.

Una nueva generación

Tenía una relación especial con la juventud. Más que cualquier otro, despertó e inspiró a la que había sido la *generación silenciosa* de la década de los años cincuenta. No vivió para ver lo que ésta realizó. Uno de los más admirables capítulos de la historia de la implicación de Estados Unidos en Vietnam fue escrito por millones de hombres y mujeres jóvenes, que fueron los que primero vieron la verdad sobre la guerra y persuadieron a nuestro país para que diera marcha atrás. Uno de los mejores capítulos de la preocupación de Estados Unidos por los pueblos empobrecidos está siendo escrito a diario por los estadounidenses jóvenes en el Peace Corps en el exterior y en los programas de servicio interno aquí en el país.

''No estamos aquí para maldecir la oscuridad, sino para encender la vela que pueda guiarnos a través de esa oscuridad hasta un futuro sano y salvo'', dijo a la Convención Demócrata en Los Angeles cuando, hace este mes 28 años, aceptó la nominación presidencial de su partido. Gracias a Jack, los estadounidenses siguen encendiendo útiles velas en su país y en el exterior. En las naciones de todo el mundo, gente inspirada por Jack lucha para acabar con la antigua maldición de la pobreza y la desidia. Pocas cosas me conmueven más profundamente que visitar una choza en una tierra distante, azotada por la pobreza, y encontrarme con su retrato en una pared.

Parte de la calidad eterna de su llamamiento es que nunca se tomó a sí mismo demasiado en serio. Le gustaba hablar de los sondeos de opinión que demostraban que los padres todavía quieren que sus hijos sean presidentes mientras que ellos no han llegado a implicarse en la política. Podía tomarles el pelo a los ganadores del Premio Nobel del hemisferio occidental denominándolos el montón de talento más extraordinario jamás reunido en la Casa Blanca, ''con la posible excepción de cuando Thomas Jefferson cenaba solo'', y burlarse de sí mismo diciendo: ''Yo soy el hombre que acompañó a Jacqueline Kennedy a París''.

Estaba comprometido con la Alianza Atlántica, pero se sentía igualmente orgulloso de su Alianza para el Progreso y la esperanza que ésta despertaba para los pueblos de América latina. Tenía poca consideración hacia los que encontrándose en el poder creían en el liberalismo duro, en la medida en que es duro para los demás y confortable para ellos mismos.

Fue presidente para todas las ocasiones. Podía lanzar un cohete a la Luna y declarar la guerra al hambre en la región de los Apalaches. Podía ensalzar las artes invitando a Robert Frost a escribir un poema para su toma de posesión como presidente y aliarse con los oprimidos de todo el mundo visitando el muro de Berlín y proclamando: ''Ich bin ein berliner''. Podía ser comandante en jefe, no sólo de las fuerzas armadas, sino también de las fuerzas a favor de los derechos civiles. Podía hacer frente a la Unión Soviética en la crisis cubana de los misiles y unos cuantos meses después sentarse a negociar con los líderes soviéticos el primer acuerdo para el control de armamento de la era nuclear, el Tratado de Prohibición de las Pruebas Nucleares de 1963, el logro que más valoraba.

Una ''nueva frontera''

Parece que fue ayer cuando su llamamiento puso de nuevo en marcha a los Estados Unidos. Hizo la campaña presidencial por todo el país en 1960 convocándonos para su *nueva frontera* y diciéndonos: ''Este es un gran país, pero yo creo que puede ser más grande. Este es un país poderoso, pero yo creo que puede ser más poderoso''. Estados Unidos respondió, porque sabíamos entonces como lo sabemos hoy que nuestro país *puede* hacerlo mejor si todos nosotros actuamos lo mejor que podemos.

Hace un siglo, el juez Oliver Wendell Holmeds Jr. habló de las influencias que habían dado forma a su generación. ''En medio de nuestra gran y buena fortuna —dijo—, nuestros corazones fueron alcanzados en nuestra juventud por el fuego.'' Esta ha sido también nuestra gran y buena fortuna. En el breve tiempo que Jack tuvo, alcanzó con el fuego a nuestros corazones, y el resplandor de ese fuego todavía brilla en el mundo. Más que todas las escuelas, las avenidas, los aeropuertos y demás monumentos, éste es, y siempre lo será, el mayor y más duradero homenaje que podamos rendir a Jack.

Con su esposa Jacqueline, luego señora de Onassis

Nikita Kruschov durante una conferencia en 1961. El 14 de octubre de 1964 sería destituido bajo la acusación de no entender nada de maíz.

La prensa cubana en la crisis del '62

El presidente católico junto al papa Paulo VI

The New York Times. KENNEDY IS KILLED BY SNIPER AS HE RIDES IN CAR IN DALLAS; JOHNSON SWORN IN ON PLANE

Una coexistencia no tan pacífica

Por Eduardo Haro-Teclen

Eisenhower se desvanecía, como el viejo soldado de la canción. El militar que había sido oficinista durante la mayor parte de su vida tuvo el inesperado destino de mandar, desde su cuartel general próximo a París, en Saint-Germain en Laye, las fuerzas aliadas en la batalla de Europa. Fue el vencedor militar oficial. Los dos partidos rivales en Estados Unidos le ofrecieron presentarlo como candidato a la presidencia, seguros de que con él se ganaba, y él optó por los republicanos, que eran más conservadores: como él. Y ganaron.

Sin embargo, Eisenhower tuvo algunos rasgos de sentido común, aunque tuviera a su lado como vicepresidente a Nixon —que en el año decisivo de 1968 sería presidente, para caer después acusado de tramposo—; contuvo al general Douglas MacArthur, que quería lanzar la bomba atómica sobre China, y al senador Joe McCarty, que había lanzado un cruzada prefascista desde el Comité de Actividades Antiamericanas —la gran depuración, la ruina de Hollywood, la vergüenza de los denunciantes, entre los que estaba el joven actor Ronald Reagan, el asesinato legal del matrimonio Rosemberg—; y describió y atacó, casi al final de su presidencia, la *colusión militar industrial* que dominaba la economía, el dinero y la política de su país. Por estas mismas fechas, en 1960, las convenciones preelectorales anunciaban ya el albor de una nueva época, con el nombre de Kennedy. Fue elegido, frente al republicano Nixon, en el tradicional mes de noviembre de cada año bisiesto —como este de 1988— en que se celebraron las elecciones presidenciales en Estados Unidos.

La breve era de Kennedy

Kennedy no era un hombre de la guerra, aunque hubiese estado en ella; había nacido en 1917. Un hijo del siglo. Rico, católico y enamoradizo, estableció su leyenda de hombre nuevo desde el mismo momento en que fue elegido, antes de tomar posesión de la Casa Blanca, y habló de la *nueva frontera*, aunque más bien lo que estaba definiendo era un principio de borrar fronteras. Un tenue regreso a Roosevelt. Kennedy decía de su proyecto: ''No es una serie de promesas, es una serie de problemas. No resume lo que tengo, la intención de ofrecer al pueblo norteamericano, sino lo que tengo la intención de pedirle. Promete más sacrificios y no más tranquilidad''.

''Más allá de esta *nueva frontera* se extienden los campos inexplorados del espacio y la ciencia, los problemas no resueltos de la guerra y la paz. Hay sacos de ignorancia y de prejuicios ridículos que no hemos eliminado.''

Se puso inmediatamente al trabajo: intentó la manera de zafarse de la guerra de Vietnam con un moderado plan militar y más tarde con un cambio en los poderes de Saigón (asesinato de Ngo Din Diem, hombre fuerte del Sur, perro de la guerra de Estados Unidos, el 1° de noviembre de 1963); con la idea de unas nuevas relaciones con Latinoamérica, donde debería ir paulatinamente disminuyendo el revolucionarismo hacia democracias formales y pagadas (Alianza para el Progreso, marzo de 1961). Se acercó a la coexistencia con unas entrevistas directas con Kruschov (a partir de la de Viena, 3 y 4 de junio de 1961). Todo su esfuerzo sería saboteado ferozmente por el gran grupo de poder heredero de la presidencia anterior, sobre todo por quien fue su enemigo más duro, Edgar Hoover, director del FBI (durante 44 años todos los secretos de todo el mundo y todos los conservadurismos de su país estaban en su cabeza).

Kruschov no era más feliz en su país con sus grupos conservadores y con los residuos estalinistas, con una sociedad dirigente que había estado encerrada en el poder o en plena guerra, formada aún por los supervivientes de la Revolución de Octubre, que iban siendo elegidos para los puestos más altos como por un orden cronológico convertido en escalafón. La sensación ~~era que~~ había que cambiar el país desde dentro, pero el miedo al desmoronamiento, el entumecimiento de pesadez de todo el cuerpo político y la sensación de que había que cerrar filas frente al bloqueo exterior eran dominantes.

Las grandes caídas

A Kennedy tardarían menos de tres años en asesinarlo (22 de noviembre de 1963: no sobrevivió más que 22 días a Ngo Din Diem y a los intentos de retirada del cuerpo expedicionario en Vietnam); Kruschov caería casi un año después (14 de octubre de 1964), acusado externamente de no entender nada de maíz, y Juan XXIII murió tres meses antes que Kennedy, dos meses después de haber publicado la encíclica *Pacem in terris*, en la que se pronunciaba a favor del desarme y de los derechos humanos (10 de abril de 1963). Los tres hombres que habían intentado las nuevas fronteras en las tres fuerzas más conservadoras del mundo —el comunismo soviético, el capitalismo militar de Estados Unidos, la Iglesia Católica—, que habían querido cambiar los dogmas, desaparecían cuando apenas habían iniciado su labor.

La crisis de los misiles

El día 22 de agosto —un lunes—, el presidente Kennedy leyó ante los periodistas convocados por él a la Casa Blanca unas cuantas líneas escritas a máquina: decretaba el bloqueo de Estados Unidos a la isla de Cuba y advertía que la flota y su aviación atacarían todos los barcos que intentasen acercarse; se entendió que una invasión militar

Nikita Kruschov durante una conferencia en 1961. El 14 de octubre de 1964 sería destituido bajo la acusación de no entender nada de maíz.



Una coexistencia no tan pacífica

Por Eduardo Haro-Teclen

Eisenhower se desvanecía, como el viejo soldado de la canción. El militar que había sido oficinista durante la mayor parte de su vida tuvo el inesperado destino de mandar, desde su cuartel general próximo a París, en Saint-Germain en Láye, las fuerzas aliadas en la batalla de Europa. Fue el vencedor militar oficial. Los dos partidos rivales en Estados Unidos le ofrecieron presentarlo como candidato a la presidencia, seguros de que con él se ganaba, y él optó por los republicanos, que eran más conservadores: como él. Y ganaron.

Sin embargo, Eisenhower tuvo algunos rasgos de sentido común, aunque tuviera a su lado como vicepresidente a Nixon —que en el año decisivo de 1968 sería presidente, para caer después acusado de tramposo—; contuvo al general Douglas MacArthur, que quería lanzar la bomba atómica sobre China, y al senador Joe McCarty, que había lanzado un cruzada prefascista desde el Comité de Actividades Antiamericanas —la gran depuración, la ruina de Hollywood, la vergüenza de los denunciantes, entre los que estaba el joven actor Ronald Reagan, el asesinato legal del matrimonio Rosemberg—; y describió y atacó, casi al final de su presidencia, la *colusión militar industrial* que dominaba la economía, el dinero y la política de su país. Por estas mismas fechas, en 1960, las convenciones preelectorales anunciaban ya el albor de una nueva época, con el nombre de Kennedy. Fue elegido, frente al republicano Nixon, en el tradicional mes de noviembre de cada año bisiesto —como este de 1988— en que se celebraron las elecciones presidenciales en Estados Unidos.

El presidente católico junto al papa Paulo VI

The New York Times.

LATE CITY EDITION

KENNEDY IS KILLED BY SNIPER AS HE RIDES IN CAR IN DALLAS; JOHNSON SWORN IN ON PLANE

Estaba comprometido con la Alianza Atlántica, pero se sentía igualmente orgulloso de su Alianza para el Progreso y la esperanza que ésta despertaba para los pueblos de América latina. Tenía poca consideración hacia los que encontrándose en el poder creían en el liberalismo duro, en la medida en que es duro para los demás y confortable para ellos mismos.

Fue presidente para todas las ocasiones. Podía lanzar un cohete a la Luna y declarar la guerra al hambre en la región de los Apalaches. Podía ensalzar las artes invitando a Robert Frost a escribir un poema para su toma de posesión como presidente y aliarse con los oprimidos de todo el mundo visitando el muro de Berlín y proclamando: "Ich bin ein berliner". Podía ser comandante en jefe, no sólo de las fuerzas armadas, sino también de las fuerzas a favor de los derechos civiles. Podía hacer frente a la Unión Soviética en la crisis cubana de los misiles y unos cuantos meses después sentarse a negociar con los líderes soviéticos el primer acuerdo para el control de armamento de la era nuclear, el Tratado de Prohibición de las Pruebas Nucleares de 1963, el logro que más valoraba.

Una "nueva frontera"

Parece que fue ayer cuando su llamamiento puso de nuevo en marcha a los Estados Unidos. Hizo la campaña presidencial por todo el país en 1960 convocándonos para su *nueva frontera* y diciéndonos: "Este es un gran país, pero yo creo que puede ser más grande. Este es un país poderoso, pero yo creo que puede ser más poderoso". Estados Unidos respondió, porque sabíamos entonces como lo sabemos hoy que nuestro país *puede* hacerlo mejor si todos nosotros actuamos lo mejor que podemos.

Hace un siglo, el juez Oliver Wendell Holmeds Jr. habló de las influencias que habían dado forma a su generación. "En medio de nuestra gran y buena fortuna —dijo—, nuestros corazones fueron alcanzados en nuestra juventud por el fuego." Esta ha sido también nuestra gran y buena fortuna. En el breve tiempo que Jack tuvo, alcanzó con el fuego a nuestros corazones, y el resplandor de ese fuego todavía brilla en el mundo. Más que todas las escuelas, las avenidas, los aeropuertos y demás monumentos, éste es, y siempre lo será, el mayor y más duradero homenaje que podamos rendir a Jack.

La breve era de Kennedy

Kennedy no era un hombre de la guerra, aunque hubiese estado en ella; había nacido en 1917. Un hijo del siglo. Rico, católico y enamoradizo, estableció su leyenda de hombre nuevo desde el mismo momento en que fue elegido, antes de tomar posesión de la Casa Blanca, y habló de la *nueva frontera*, aunque más bien lo que estaba definiendo era un principio de borrar fronteras. Un tenue regreso a Roosevelt. Kennedy decía de su proyecto: "No es una serie de promesas, es una serie de problemas. No resume lo que tengo, la intención de ofrecer al pueblo norteamericano, sino lo que tengo la intención de pedirle. Promete más sacrificios y no más tranquilidad".

"Más allá de esta *nueva frontera* se extienden los campos inexplorados del espacio y la ciencia, los problemas no resueltos de la guerra y la paz. Hay sacos de ignorancia y de prejuicios ridículos que no hemos eliminado."

Se puso inmediatamente al trabajo: intentó la manera de zafarse de la guerra de Vietnam con un moderado plan militar y más tarde con un cambio en los poderes de Saigón (asesinato de Ngo Din Diem, hombre fuerte del Sur, perro de la guerra de Estados Unidos, el 1º de noviembre de 1963); con la idea de unas nuevas relaciones con Latinoamérica, donde debería ir paulatinamente disminuyendo el revolucionarismo hacia democracias formales y pagadas (Alianza para el Progreso, marzo de 1961). Se acercó a la coexistencia con unas entrevistas directas con Kruschov (a partir de la de Viena, 3 y 4 de junio de 1961). Todo su esfuerzo sería saboteado ferozmente por el gran grupo de poder heredero de la presidencia anterior, sobre todo por quien fue su enemigo más duro, Edgar Hoover, director del FBI (durante 44 años todos los secretos de todo el mundo y todos los conservadurismos de su país estaban en su cabeza).

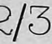
Kruschov no era más feliz en su país con sus grupos conservadores y con los residuos estalinistas, con una sociedad dirigente que había estado encerrada en el poder o en plena guerra, formada aún por los supervivientes de la Revolución de Octubre, que iban siendo elegidos para los puestos más altos como por un orden cronológico convertido en escalafón. La sensación era que había que cambiar el país desde dentro, pero el miedo al desmoronamiento, el entumecimiento de pesadez de todo el cuerpo político y la sensación de que había que cerrar filas frente al bloqueo exterior eran dominantes.

Las grandes caídas

A Kennedy tardarían menos de tres años en asesinarlo (22 de noviembre de 1963: no sobrevivió más que 22 días a Ngo Din Diem y a los intentos de retirada del cuerpo expedicionario en Vietnam); Kruschov caería casi un año después (14 de octubre de 1964), acusado externamente de no entender nada de maíz, y Juan XXIII murió tres meses antes que Kennedy, dos meses después de haber publicado la encíclica *Pacem in terris*, en la que se pronunciaba a favor del desarme y de los derechos humanos (10 de abril de 1963). Los tres hombres que habían intentado las nuevas fronteras en las tres fuerzas más conservadoras del mundo —el comunismo soviético, el capitalismo militar de Estados Unidos, la Iglesia Católica—, que habían querido cambiar los dogmas, desaparecían cuando apenas habían iniciado su labor.

La crisis de los misiles

El día 22 de agosto —un lunes—, el presidente Kennedy leyó ante los periodistas convocados por él a la Casa Blanca unas cuantas líneas escritas a máquina: decretaba el bloqueo de Estados Unidos a la isla de Cuba y advertía que la flota y su aviación atacarían todos los barcos que intentasen acercarse; se entendió que una invasión militar





a la isla se aproximaba (los exiliados en Miami se habían repartido ya los cargos que ocuparían en Cuba a la caída de Castro). A Cuba se acercaban los navíos soviéticos. La razón del bloqueo estaba en unas fotografías —que aportó— tomadas desde el aire por los aviones espías, los U-2, que mostraban que Cuba disponía ya de unos cohetes nucleares que amenazaban directamente a Estados Unidos: el territorio de Florida estaba a su alcance. Eran unos cohetes, naturalmente soviéticos, montados y afinados por técnicos soviéticos.

Hasta entonces, Kennedy había manifestado que Cuba no suponía ninguna amenaza, frente a lo que decía la oposición republicana. Pero ya los informes de la CIA no le dejaban otra posibilidad de acción, aun exponiéndose a ser acusado de violar la Carta de las Naciones Unidas y el derecho internacional al lanzar un bloqueo —*quarantaine*, o embargo— preventivo contra un país soberano; a perder gran parte de su influencia en los países afroasiáticos; a verse abandonado por algunos de sus aliados europeos; a romper la Organización de Estados Americanos. Cuba y la Unión Soviética lo acusaron de mentir, y advirtieron que su comunicación naval continuaría, desafiando la prohibición norteamericana, que consideraban ilegal. Los barcos soviéticos seguían su rumbo, y la flota del bloqueo estaba dispuesta para disparar contra ellos si no se detenían. Podía ser la guerra entre las dos grandes potencias: la del mundo.

La que se llamó *crisis de los misiles* fue aguda 24 horas y menos grave durante una semana: el domingo siguiente, Kruschov pasó la tarde en el Bolshoi, y Kennedy se fue al campo con su esposa, Jacqueline —luego señora de Onassis—, dejando atrás el asunto resuelto. Los dos se habían comunicado entre sí por emisarios especiales, y directamente por lo que se llamó el *teléfono rojo* —en realidad, un teletipo; este año de 1988 se ha puesto en servicio un satélite de comunicaciones directas entre el Kremlin y la Casa Blanca—, para llegar a un acuerdo: la Unión Soviética retiraría inmediatamente los misiles nucleares del suelo cubano. La primera interpretación diplomática era la de que Kennedy estaba dispuesto a seguir las decisiones del Pentágono para invadir Cuba, y que Kruschov prefería una retirada estratégica antes que la invasión; o que había retrocedido para evitar una guerra nuclear total que estaba pendiente de un hilo.

La hora de la coexistencia

Krushov dirigió una carta a Kennedy —que se hizo pública— en la que decía: "El armamento que usted llama ofensivo (los cohetes soviéticos en Cuba) es realmente temible; comprendo su inquietud a este respecto y, en consecuencia, he ordenado volver a la URSS ese armamento". Aunque no se conocen todos los detalles de aquellos días, que permanecen en los archivos secretos de los dos países, algún tiempo después se supo que Estados Unidos retiraba sus misiles nucleares de la base de Adana, en Turquía, que estaban apuntados directamente hacia el suelo soviético. Había sido, en realidad, un intercambio, una reducción mutua de armas nucleares apuntadas sobre sus territorios nacionales. Y este acuerdo de urgencia, en una situación de extremo peligro, se convirtió en una de las señales más visibles de la coexistencia.

Sin embargo, el planeamiento de las 24 horas trágicas vividas al borde de la guerra dejó una huella profunda en el mundo.

En Estados Unidos había cundido también un cierto pánico, y la victoria del partido de Kennedy en las elecciones siguientes —las llamadas de *medio término*, la renovación de las cámaras y los gobiernos de los estados entre dos elecciones presidenciales— se debía principalmente a que se lo consideraba como el hombre capaz de llegar a una negociación por la paz. Una encuesta de *Newsweek* 15 días antes de la votación daba un porcentaje de alrededor del 90% de ciudadanos de Estados Unidos que no querían que Cuba fuese invadida. "Una amplia mayoría de los norteamericanos —decía la revista— no está preparada para una acción precipitada y no estima que Cuba sea una amenaza para la seguridad estadounidense". Sin embargo, existía en el fondo de la gran sociedad la sensación de que su territorio era ya vulnerable, de que habían pasado los tiempos del aislacionismo, y que participar no podía seguir siendo sólo en los países de los otros.

Se puede aceptar como principio la idea de que la sociedad global presentaba cuatro grandes aspectos: las instituciones o gobiernos —independientes de sus etiquetas, programas o denominaciones—; la gran masa burguesa, que había vivido la guerra y temía otra; las juventudes, que rechazaban esa sociedad burguesa al mismo tiempo que las instituciones, y el difuso, inmenso bloque del Tercer Mundo (que no había conseguido su unidad a pesar de las reuniones de Bandung en 1955 y de su Carta, que pretendía ser la proclamación del amanecer de una era nueva), que no merecía siquiera ese nombre que aún le damos, puesto que no representó nunca una tercera opción, o fuerza, o vía, más que de una manera ideal.

Cayendo en la tentación de la ucronía, en la descripción de lo que hubiera sucedido si algunas cosas no hubiesen pasado, se podría imaginar que la actual forma de negociación o de entendimiento general que tiene hoy como protagonistas a Reagan y Gorbachov, con sus citas felices y sus sonrisas mutuas —que los satélites llevan a todo el mundo—, hubiese podido producirse 20 años antes, como lo habían iniciado Kennedy y Kruschov, y a partir de ahí cabe toda especulación optimista sobre cómo habría cambiado el mundo para mejor.

El péndulo cambia de sentido

Pero, como decían los escolásticos, Dios puede hacer todo menos —no es, por tanto, omnipotente— cambiar el pasado, que ya está hecho para siempre. No hay que imaginar lo que hubiera podido ser, sino conocer lo que fue. Y sucedieron las cosas contrarias a ese desarrollo más armónico del futuro. Podríamos conformarnos con creer en el movimiento pendular que defienden algunos filósofos de la historia (toda acción produce una reacción contraria que toma su lugar durante algún tiempo, y la reacción a esa reacción vuelve a aparecer, y así sucesivamente, creando el ámbito moderado y modesto de lo posible) y resignarse a que un período fasto sea seguido por otro nefasto.

Y así vino a suceder que el 22 de noviembre de 1963 el presidente Kennedy fue asesinado en la ciudad de Dallas. Sin necesidad de ser un fanático de la idea conspiradora de la política y, por tanto, de la manipulación oculta de los movimientos históricos, se puede dudar seriamente de que fuera la exaltación aislada de un loco llamado Oswald, que a su vez fue asesinado días después por otro pasional llamado Ruby —Jack Rubinstein—, miembro del hampa de Dallas y relacionado con la mafia, que iría a su vez a morir en la cárcel. Las escenas de los dos asesinatos fueron probablemente las imágenes más importantes hasta el momento (habría que esperar al final de la década, cuando en julio de 1969 se vio el primer hombre que paseaba por la Luna) retransmitidas por la televisión mundial, que comenzaba a dar al mundo la sensación —mera sensación: la realidad es otra— de la *aldea global* que había profetizado McLuhan.

Pero lo que impresionó al mundo no fue el espectáculo de la tragedia, sino esa sensación funesta de que todo iba a cambiar en el mundo por un acto premeditado.

Aunque todos los informes oficiales, encuestas judiciales o investigaciones lo negaron, prevaleció en Estados Unidos —y en el mundo— la idea de que Kennedy había sido asesinado por los *poderes fácticos* de Estados Unidos, que veían como una catástrofe, como un riesgo nacional o como un cambio grave para ellos en la coyuntura económica —la *colusión militar-industrial* de la que habló Eisenhower— la nueva política de apertura. Había evitado la invasión de Cuba y hasta la había convertido en un arranque vivaz y eficaz de la coexistencia con Krushov, estaba a punto de cambiar la política de Vietnam del Sur para liquidar la guerra mediante un paso hacia una posible unificación con el Norte con unas elecciones conjuntas; regaba de dólares las naciones latinoamericanas para que sustituyeran sus dictaduras conservadoras por democracias, aunque fueran controladas; había intervenido personalmente en favor de los negros y la protección de los derechos civiles en varias zonas del sur, y el 5 de agosto, cuatro meses antes del asesinato, había estado en Moscú firmando el tratado de reducción de pruebas de armas nucleares.

Se tuvo inmediatamente la sensación de que el sentido político y militar de la dirección del mundo iban a cambiar por obra de quienes no dudaban ante el magnicidio. El pesar en Estados Unidos por la pérdida de un dirigente carismático, de una persona que irradiaba confianza y una cierta dosis de pensamiento, era aún inferior a la sensación de que cualquier cambio real era imposible. Los acontecimientos siguientes iban a demostrarlo.

A la izquierda, de espaldas, Jack Ruby dispara sobre el presunto asesino de John Kennedy, Lee Harvey Oswald

Un caso de muerte dudosa

Por H.A.T.

El presidente John F. Kennedy fue asesinado el 22 de noviembre de 1963, por una o más balas, disparadas cuando su comitiva entraba a Dallas (Texas) en una caravana de autos. Su coche era un Lincoln Continental 1961, con techo abierto, que ocupaba el segundo lugar en la caravana. Otro automóvil con fotógrafos y periodistas debió estar delante del suyo en la fila, pero por una confusión circunstancial quedó situado en el sitio 14. Ese dato importó después, porque privó de testimonios fotográficos a un incidente discutido durante 25 años. En el coche de Kennedy viajaban también su esposa Jacqueline, que resultó ilesa, y el gobernador John B. Connally (de Texas), que quedó levemente herido por uno de los tres disparos producidos. Aunque el presidente fue conducido de inmediato al Parkland Memorial Hospital, falleció antes de llegar. Había recibido heridas mortales en el cuello y la cabeza.

La inmediata intervención policial permitió la detención de Lee Harvey Oswald, a quien se le atribuye haber hecho los disparos desde un sexto piso en un edificio cercano. Allí se encontró un arma de su propiedad, con la que habría debido hacer tres disparos consecutivos, en un plazo de 5,6 segundos.

Pero a su vez Oswald fue asesinado dos días después, en dependencias policiales, por un dueño de club nocturno y jugador profesional llamado Jack Ruby, quien consiguió entrar armado a un sitio prohibido y aprovechó el traslado de Oswald entre dos oficinas. La muerte inmediata de Oswald y la escasa declaración de Ruby (fallecido en 1967) agregaron otros misterios al llamado "crimen del siglo". El nuevo presidente Lyndon B. Johnson designó un especial comité investigador, presidido por Earl Warren, entonces integrante de la Suprema Corte de Justicia. En setiembre de 1964 el llamado Informe Warren dictaminó que Oswald fue el único asesino de Kennedy y que no integraba ninguna conspiración para ello.

Esa versión oficial fue muy impugnada. En aquel mediodía del crimen, un señor Abraham Zapruder estaba registrando con una cámara de 8 mm. la entrada de Kennedy a Dallas, hecho previsible en horas y sitios. Azarosamente, Zapruder filmó el asesinato. Su película fue comprada por la revista *Life*, pero se hicieron copias posteriores para el Servicio Secreto y el FBI. Esos y otros documentos pasaron a archivos oficiales y no podrán ser conocidos hasta el año 2039, por la orden presidencial 11.130 de Johnson. Sin embargo, en 1967 el fiscal Jim Garrison de Nueva Orleáns acusó a un señor Clay Shaw de haber integrado una conspiración derechista para matar a Kennedy. El caso no progresó, pero permitió copiar y difundir el film de Zapruder.

Ese film, junto a diversos testimonios y a otros cálculos de tiempo, de geometría y de balística, sugirieron: *a)* que Oswald no pudo haber disparado los tres balazos; *b)* que por lo menos uno de ellos partió de otro sitio, delante del coche presidencial, lo que ya supone una conspiración. Asimismo, la Comisión Warren omitió interrogar a ciertos testigos, cuyos datos fueron recogidos en cambio por diversos investigadores y en particular por Mark Lane. Se difundió así una teoría sustitutiva del Informe Warren, afirmando que no sólo hubo una conspiración para matar a Kennedy sino también otra maniobra de altos funcionarios para borrar esas pistas. Las teorías de Mark Lane y de otros investigadores tuvieron amplia difusión en el periodismo, en libros, en la TV y en una película titulada *Executive Action* (dirección de David Miller, 1973).

Esas hipótesis fueron alimentadas también por los contradictorios datos biográficos de Lee Harvey Oswald, un norteamericano nacido en 1939, ex integrante del Marine Corps, viajero a la URSS, empleado en un fábrica soviética en Minsk, casado con ciudadana rusa. Cuando volvió a su país, Oswald apareció estrechamente vinculado a la CIA, al FBI y a diversas maniobras contra la Cuba fidelista. Lógicamente, Oswald pudo integrar alguna conspiración o también pudo ser un "chivo emisario" a quien se hizo desaparecer rápidamente. Su asesino Jack Ruby fue asimismo un personaje de equívocos antecedentes.

En los tres años siguientes al crimen de Kennedy, murieron también 18 testigos o informantes del caso: 6 por armas de fuego, 3 en accidentes, 2 por suicidio, 3 por ataques cardíacos, uno degollado, uno por golpe de karate, dos por causas naturales. Esa excepcional acumulación de muertes aumentó las teorías sobre una continua conspiración secreta. Existen 51 carpetas oficiales del caso Kennedy-Oswald, pero en 1974 la Corte Suprema de Justicia decidió mantenerlas fuera de la divulgación pública. A los 25 años del crimen, sus misterios siguen en pie.